

CONSEGUÍ
TU REVISTA

lento

OPCIÓN ^{SUSCRIPTOR} /01



DOMICILIO

 El primer sábado de cada mes estaremos pasando por tu casa entre las 9.00 y las 17.00 para entregarte en mano la revista.



 Si no te encontramos, te dejaremos un cupón de aviso de visita y podrás retirarla a partir del lunes siguiente con tu cédula en un punto de retiro.



OPCIÓN ^{SUSCRIPTOR} /02



PUNTO DE RETIRO

 Si no querés esperar la entrega a domicilio o no va a haber nadie en tu casa ese día, avisanos por teléfono o al email de contacto y podrás retirarla a partir del mismo sábado en los puntos de retiro presentando tu cédula. Tenés tiempo para habilitar tu retiro hasta el día 20 de cada mes.



OPCIÓN ^{SIN SUSCRIPCIÓN} /03



PUNTO DE VENTA

Podrás comprar la revista en quioscos, librerías, cafés, centros comerciales y culturales. En estos puntos no se realiza descuento a suscriptores.



Consultá la lista:
LENTO.UY/RETIRO



LENTO.UY/RETIRO



SUSCRIBITE

T 2900 0808
suscriptores@lento.uy
< Suscribite con tu celular leyendo este QR

PARA QUE
LOS TIEMPOS
QUE CORREN
CAMINEN

lento





] [AMIR HAMED

IGNACIO ITURRIOZ

ENCANTADO

UN RECORRIDO POR LOS ORÍGENES Y CORRESPONDENCIAS OCULTAS DE LA LITERATURA MARAVILLOSA: ASÍ SE PROMETE *ENCANTADO*, EL PRÓXIMO LIBRO DE ENSAYOS DE AMIR HAMED, QUE APARECERÁ EN LOS PRÓXIMOS MESES POR LA EDITORIAL QUE CODIRIGE, H EDITORES. NOVELISTA (*ARTIGAS BLUES BAND*, *TROYA BLANDA*, *CIELO 1/2*), CUENTISTA (*BUENAS NOCHES, AMÉRICA*), ENSAYISTA (*MAL Y NEOMAL*), ESTUDIOSO DE LA POESÍA LOCAL (*ORIENTALES*), HAMED LLEVA ADELANTE EL SITIO H ENCICLOPEDIA, QUE AHORA ENCARNÓ EN LA REVISTA *INTERRUPTOR*. ACÁ NOS PASEA POR LA LÍNEA INTERMITENTE QUE UNE A LAS HADAS CON EL REY DE OTROMUNDO Y LOS VAMPIROS.



Los dominios del Rey Orfeo se han vuelto un estrábico desenvainar de espadas y arcos que se tensan sin saber a dónde apuntan. Ayer a la tarde, su esposa Eurodis marchó con dos de sus doncellas al huerto a descansar bajo sombra frutal —de un manzano o un cerezo— y se quedó dormida; despertó desgredada, con las faldas hechas tiras y tan agitada que tuvieron que acudir, relampagueantes en sus armaduras, los caballeros del reino a contenerla. Resulta que en el sueño, luciendo una corona de gemas preciosas, había comparecido el Rey de Otromundo, que la reclamaba para sí. Le había dicho que lo esperara allí mismo al día siguiente, y allí mismo, al día siguiente, mientras descansa Eurodis bajo el árbol, a su alrededor se ha cerrado, como un botón cuantioso y cegador, un círculo de caballeros invencibles, un millar de ellos, comandados por Orfeo y tiesos por unanimidad, por no despertarla con el rechinar de yelmos y panoplias. Y de hecho, del paraje por el que anduviera ya no habrá de volver la reina, porque cuando a esos dos mil ojos vigilantes les sea dado ver de nuevo algo que no sea el reflejo de sus metales asesinos sabrán que ya no está, que sólo hay gramilla y olor a fruto donde recién estuvo Eurodis, y un rey viudo que, arpa en mano, se aleja del mundo a llorar sus cuitas en el bosque.

Desde su aparición, allá por el 1300, en el *Romance of King Orfeo* compuesto por manos anónimas en un barrunto de inglés, acaso nadie nos haya enseñado más sobre nuestra condición de occidentales que este extranjero, el Rey de Otromundo, señor de las hadas. Nos rapta, nos encanta: cuando irrumpe, se suspende el tiempo de la vida y de la muerte, abriéndose un pabellón, el de las hadas, que es el de una naturaleza en suspenso, activado ni bien, como Eurodis, nos damos a lo que creemos sueño. Ni bien menguan nuestras pulsaciones se activa este rey y su enjambre de súbditos, las hadas hembras y machos, pero hasta ahora al Rey de Otromundo sólo se le registran dos apariciones, y ambas en lengua de ingleses, una a Eurodis y Sir Orfeo, otra en cierto verano de Whitby, en Yorkshire, ahora con victoriano título de conde, en un cruce de siglos.

Entre una y otra ha enviado sus fantasmas, sus alucinaciones. La voz “hada” (*fairy*) se repite en Shakespeare, en al menos diez de sus piezas, pero sólo en dos de ellas estas criaturas siquiera se vislumbran, una en el parlamento de Mercucio, cuando nos alerta de la Reina Mab, hada diminuta que agujonea nuestros deseos, otra en ese Rey Oberón que, tras su riña con Titania en el bosque, se divierte enamorándola de un burro que recién era hombre, mientras, tocadas por el influjo feérico, parejas de hombres y mujeres

se van armando y desarmando, serviles a los mandamientos del deseo. El parlamento de Mercucio da pie, cómo no verlo, a que Julieta se abandone al encantamiento, se mate pero no se muera al beber una pócima, quedando cataléptica, o más exactamente, en cataléptica espera de un Romeo que —porque nada sabe de hadas o de encantamientos— entrará al panteón de los Montesco para suicidarse y, con sus labios ya yertos pero todavía envenenados, terminará sirviéndole a su esposa secreta una muerte, ahora sí, definitiva. En el *Sueño de una noche de verano* Oberón es poderoso pero jugueteón, una versión cómica y matrimonial del Rey de Otromundo, desentendida del doblez homicida que no olvida Mab, quien también se manifiesta, según avisa ese Mercucio pronto muerto en duelo, en la sed de sangre que es atávico motor de la soldadesca.

Por entonces los adultos viven las hadas como necesidad. Se entiende que son confusas y a veces se las dice mínimas, como los insectos, tal vez porque en esos días lo mínimo es impalpable, y son impalpables, no importa su magnitud, precisamente porque comparecen ni bien se embota la alerta de nuestra vigilia. Se las sabe caprichosas y lascivas, indistinguible en muchos casos el hada del ogro. Guiñan aquí y allá a lo largo del siglo XVI y XVII a Shakespeare, a la alegoría de Spencer (*The Faerie Queen*), porque andan en busca de género; ese género que, finalmente, les acercará el Pentamerón de Giambattista Basile, tesoro napolitano y pasmo del barroco, la primera colección de cuentos de hadas. Allí terminamos de entender que el encantado es un muerto al que no le entran los gusanos, y en el Pentamerón, entre tantas otras historias perdurables, destaca la de esa joven Talía, muerta y no agusanable —no despuntaba, por entonces, la palabra “catalepsia” —, quien, tras ser violada por el rey, todavía inmóvil, da a luz dos niños, uno Sol, la otra, Luna.

Se estaba “hadado”, como dice de sus ogros, ogresas y hadas al por mayor Basile. Encantado: de a ratos gente, de a ratos bestia; aquí palpitante, un poco más allá muerto pero intacto. La bestia y el humano, la aldea o el castillo, por un lado, y por otro el bosque, que es el laberinto de los animales. “El hombre es el lobo del hombre”, había dictaminado en su Leviatán un contemporáneo de Basile, Thomas Hobbes; ni bien se abandonaba la compañía de los hombres, se quedaba uno hadado: o capaz de volver bestia al prójimo, o de venirse uno mismo bestia.

Las hadas, hembras o machos, hasta ahí tremebundas, eran una intrusión

afrodisíaca, alucinógena, la sístole de un placer saturnal, recordatorio de que allí donde queramos encontrar alma hay también organismo, gula, arrecho, vulcanización de los sentidos. En el siglo XVIII el racionalismo neoclásico y todavía cortesano escandiría el encantamiento, como hiciera Charles Perrault en *La bella durmiente*, partiéndolo en una maldición de muerte proferida por un hada resentida y un hechizo de sueño centenario con el que otra hada lo rebaja. Pero el triunfo de la burguesía, que se autoproclamó, por encima de todo, decente, nada querrá saber de esas delicias y la parte bestia de la gente se cancelaba, o pretendía cancelarse, en los saberes positivos que delinearon el siglo XIX.

En adulterados saberes positivos, cabe agregar, que acorralaron lo feérico en cuentos de niños y en la proclama de un folclore inexistente. Los hermanos Grimm (Wilhem y Jacop) mentían informantes aldeanos que venían recordando esos cuentos por generaciones, pero en puridad sus informantes eran, o cortesanos hugonotes, o la muy burguesa esposa de un sastre, de origen francés, a quien falsificaron aldeana. Secuestraron a Otromundo en un parvulario nacionalista, como si fuera obra del genio popular alemán, siendo que las historias que recogían les llegaban por informantes o escritores franceses e italianos y, si tenían cuna, esa cuna, como la de casi todas las historias, estaba en otras partes del mundo, en especial de Egipto, Siria, Armenia y más allá, en los dominios de la India donde alguna vez se compiló el Panchatantra y las traducciones persas y árabes que irían acercando las hadas al Mediterráneo.

El Rey de Otromundo, lascivo raptor, resultó secuestrado en una narrativa pueril y asexuada que las décadas, y la pantalla, terminarán coagulando en el vasto imperio surgido en el lápiz de Disney, animador de derecha extrema. Como no puede ser de otra manera, la leyenda dice que el viejo Walt anda encantado, y en vez de darlo por muerto e incinerado, como proclama el bando oficial, insiste en que se criogenizó para despertar cuando alguien (tal vez la ciencia médica) sea capaz de extirpar el insaciable cangrejo que le comió el pulmón izquierdo y, acto seguido, el alma. Pero esta leyenda pareciera más que nada compensación, porque de Otromundo, en Disney, nada queda: se confunde el encantamiento con una dilatación del pestañeo, por el cual primero se alcanzaba ascenso social y ahora, nada más, se replican los dictados del consumo. Por Disney creemos que la pobreza, a asépticos golpes de varita mágica (se la dijera forjada en el mismo material de las tarjetas de crédito) se hace carruaje y zapatería cristalina,

un relato traicionero que hace de las hadas no la pulsación del deseo sino el amuleto de un candor rosicler que, menos que desear, agota toda fantasía en lentejuelas.

De seguir a los Grimm y Disney serían seres capones, más exactamente, hembras caponas y hogareñas, inocentes de doblez, que no azuzan deseo sino que lo aplacan, que en vez de seducir complacen y que tampoco raptan —y por lo tanto, ya no encantan—. Se las quiere azafatas de un mundo analgésico, desprovisto de agonía, siquiera de sueños, pero las hadas, como sabe Mab en Shakespeare, se relamen por la sangre del degollado, y es en esa sangre, intocada por los Grimm, por donde habrá de recomparcer, en la novela de un victoriano y bajo nombre de dragón, ese extranjero, el Rey de Otromundo. Ha salido del mismo lugar en que lo encontró, por azar, Sir Orfeo: más allá de los bosques. Sigue siendo transilvano y viene, como ha venido desde el principio, a llevarse a tu mujer.

Cuando se acerca cambia el clima y las bestias —los lobos, los dingos, los zorros, las ratas y las moscas, las arañas y murciélagos— lo obedecen. Te controla con la mente y, si no se convierte en animal, es porque se ha hecho niebla. Y su beso, como desde el principio, te encanta, estirándote en un pasmo, más allá de la muerte y más acá de la vida. Es esa escena tantas veces vista, que sin embargo ha escamoteado, hasta ahora, su origen feérico: fornidos varones velan, primero en Whitby, luego en Londres, a una frágil Lucy Westenra que se dilapida en una palidez radical y en dos orificios en el cuello. La lucha no se entabla con espadas sino con transfusiones y microscopios, porque el mal, ahora, según entiende la ciencia médica, no son las grandes moles sino lo imperceptible, lo inconsútil, pero los varones son fornidos y le donan a Lucy su sangre ineludible, efímera, porque ella amanece cada día más blanca y menos viva, hasta que la entierran, para que el mal, a continuación, se cebe en su amiga Mina Morris. Un alemán, médico, Van Helsing, incapaz de distinguir hadas, sabe que el mal es una criatura estrambótica, a la que llama por otro nombre, y convencerá a los demás de seguirla hasta un castillo en Transilvania para ahí, una vez acorralada, ultimarla con una estaca; y hasta allá marchan, blandiendo crucifijos, y allí la agujerean y la dan por ultimada.

“The Dead-undead” se llamaba, hasta semanas antes de su publicación, el libro de Bram Stoker que finalmente salió de imprenta con el nombre de su protagonista, el conde Drácula. El muerto que no

ha muerto, la forma en que, en su segunda vida, se presentó este extranjero recalitrante, el Rey de Otromundo. Como en la primera, ha zarpado de su bruma hasta el sueño de las bellas para llevárselas con una mordida encantada: cuando te bese ya no morirás, ni seguirás con vida, y tampoco (no en vano el doctor es alemán —sastrería de los Grimm, pormenorizado desconocedor de lo feérico—) podrás matarlo ni atribuirle vida. Es que no hay forma de matar un hada, porque las hadas viven en el reclamo de encantamiento, en la devoción del suspenso. Y por eso mismo es que la raza de Otromundo, ahora bajo el ala del dragón, o del vampiro, ha terminado haciéndose con este mundo de más acá. II